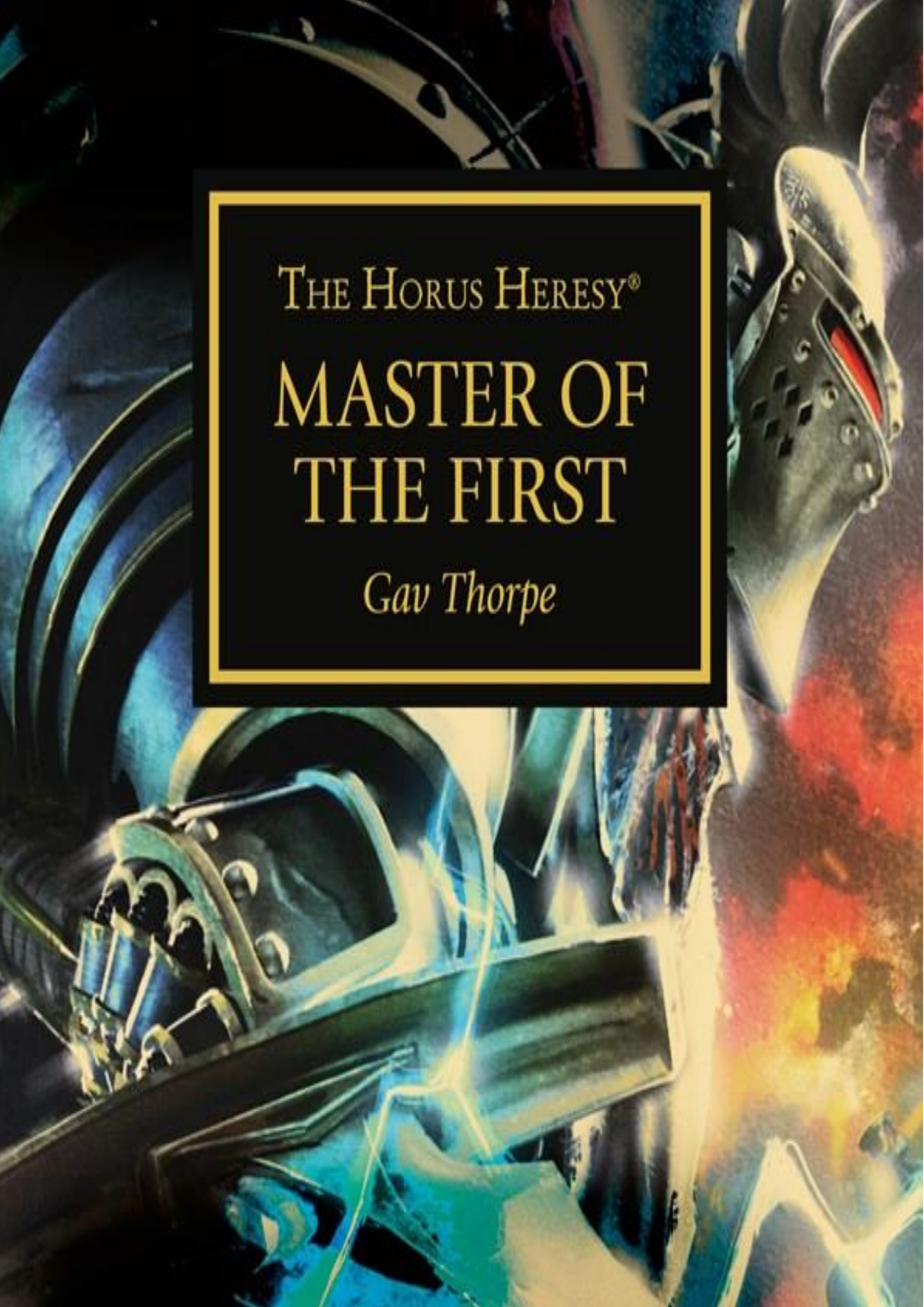

THE HORUS HERESY®
MASTER OF THE FIRST
Gav Thorpe



LA HEREJÍA DE HORUS

EL SEÑOR DE LA PRIMERA

GAV THORPE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

La Legión de los Ángeles Oscuros en Cáliban

MERIR ASTELAN	Señor del Capítulo y terrano de los Ángeles Oscuros en Cáliban
MELIAN	Capitán y terrano de los Ángeles Oscuros en Cáliban
GALEDAN	Capitán de los Ángeles Oscuros en Cáliban
TEMION	Hermano y terrano de los Ángeles Oscuros en Cáliban
ENREDION	Señor del Capítulo de los Ángeles Oscuros en Cáliban
LUTHER	Señor de Cáliban

Personajes Imperiales en Cáliban

BETHANY TYLAINE	Vicecomandante de la guarnición del Ejército Imperial en Cáliban

El zumbido de la unidad de reciclado atmosférico enmascaraba el leve sonido que emitía la servoarmadura del sargento Ashel. Éste se deslizó sigilosamente sobre la grúa para alcanzar una posición mejor desde la que observar el punto de encuentro de los rebeldes. Mientras preparaba su bólter comprobó las sombras proyectadas por los inmensos cilindros de filtrado. No logró ver nada, lo que era bueno, pues el resto de su escuadra estaba apostada allí, a escasos metros de donde se reunirían los traidores.

Las órdenes, que los sargentos gritaban a los reclutas se escuchaban más allá de la ventana abierta, duras y potentes en contraste con la brisa bucólica y el zumbido de los insectos que revoloteaban en el cálido aire de verano. Las pisadas de las decenas de botas estaban casi perfectamente sincronizadas; casi, pero no del todo, lo que provocaba más gritos de los sargentos.

Si cerraba los ojos, a Astelan casi le parecía volver a estar en las llanuras en las que había crecido. Tenía que cerrar los ojos para apartar la imagen de la fortaleza de Aldurukh que lo rodeaba y los paneles hhololíticos y las pantallas del puesto de mando.

La puerta se deslizó sobre los engranajes bien lubricados casi sin hacer ruido alguno, dejando paso al capitán Melian, comandante de una de las compañías bajo su mando. El capitán inclinó la cabeza en una reverencia.

—Señor de capítulo, ¿queríais verme?

Astelan dejó escapar un quedo gruñido.

—*Antiguo* señor de capítulo, capitán —recalcó—. Mi título aún sigue en suspenso. Os he convocado en respuesta a la solicitud que cursasteis para que tuviéramos una conversación en privado —Astelan trazó un arco con la mano que recorrió las pantallas, consolas y el resto de la sala—. No hay nadie aquí que pueda observarnos.

Melian tardó en encontrar las palabras.

—No estoy muy seguro de cómo exponer la cuestión que quería discutir. Tengo ciertas… reservas.

—¿Dudas?

—Sí, dudas, señor de capítulo, relativas a los calibanitas.

—Ya no hay terranos ni calibanitas, Melian. Ahora todos somos ángeles oscuros.

Antes de que Melian tuviera oportunidad de responder, una alerta se activó en uno de los paneles de comunicaciones, y Astelan se giró para aceptar el mensaje entrante.

—Interesante… —dijo, después de leer el mensaje en silencio.

—¿Ocurre algo, mi señor?

—Un salida. Lord Cypher y el hermano bibliotecario Zahariel han partido en una nave sin salida prevista. Su permiso lo ha firmado el propio lord Luther.

—¡Son este tipo de cosas exactamente de las que quiero hablar! ¿Y por qué mantiene lord Luther el rango superfluo de Lord Cypher? Es algo obsoleto.

Mientras el capitán hablaba, Astelan escaneaba los detalles de la salida. El plan de vuelo de la nave tenía registrado un rumbo oeste, pero su trayectoria indicaba que se había desplazado al norte. No comentó nada de aquello con Melian, pero lo perturbó que Zahariel y Cypher estuvieran llevando a cabo una misión secreta cerca de las abandonadas arcologías. El sonido de los motores de la nave aún podía escucharse en la lejanía, lo que despertó otro recuerdo en Astelan que lo dejó pensativo.

Melian esperó un minuto, incómodo.

—Quizá os estoy molestando, mi señor. Perdonadme.

Astelan hizo un gesto negativo con la mano.

—No. Sólo estaba pensando en el día en que la cañoneras del Emperador cayeron sobre mi pueblo. Recuerdo perfectamente el repiqueteo de sus ametralladoras y los gritos de los moribundos. Las baterías antiaéreas de nuestros megazords respondieron y derribaron muchas de ellas, desbaratando el ataque aéreo. Pero en seguida nos atacaron las tropas de infantería. Guerreros del trueno, Melian. ¿Los visteis alguna vez?

—No, mi señor.

—Burdos, en comparación con los guerreros de las Legiones Astartes que luego reclutarían al joven Merir Astelan, pero mucho más poderosos que cualquier tecnobárbaro de los clanes nómadas —hizo una pausa, rememorando—. Fue una masacre.

—¿Lamentasteis la muerte de vuestro rey?

—Sólo hasta que me aceptaron en la legión del Emperador.

—La primera legión —apuntó Melian con admiración.

—La *única* legión —corrigió Astelan—. Fui uno de los primeros cinco mil. No podéis ni imaginar el honor que eso supone.

Melian asintió con la cabeza respetuosamente. Había muchos terranos en las filas de los Ángeles Oscuros, pero la mayoría habían sido reclutados después de que otras legiones se hubieran fundado, y ya no eran parte de aquella legendaria punta de lanza.

Astelan volvió a atender a su subordinado.

—Entonces, ¿qué queríais decirme acerca de los calibanitas?

Durante varios minutos Melian expuso una extensa lista de deficiencias y acusaciones específicas, lo que indicaba que había dedicado casi un año a elaborarla.

—Y además, mi señor, no todos los calibanitas son ángeles oscuros. Bueno, quiero decir que no son marines espaciales.

—¿OS referís a lord Luther y a todos aquellos demasiado mayores para convertirse en legionarios auténticos?

—Sí, mi señor. No deberían haber sido nunca parte de la legión.

Astelan dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¿Algo más, capitán?

—No… Os agradezco el tiempo que me habéis dedicado, señor de capítulo. Siento que lo hayáis desperdiciado. No tenía intención de molestaros, y compartí primero mis preocupaciones con el hermano capitán Galedan. Me dijo que dejara de

preocuparme por lord Luther y que me concentrara en mantener mi compañía preparada para la batalla, pero después me sugirió que hablara con vos.

Astelan miró a los ojos de Melian, preguntándose si habría alguna razón oculta por la que Galedan lo había enviado a él. Quizá esperaba que el señor de capítulo amonestara al capitán y lo disuadiera de compartir aquellas dudas inapropiadas. Pero quizá había algo más.

—Galedan ha hecho bien al enviaros a verme. Me habéis hablado de ciertos incidentes e infracciones pero, en un sentido más general, ¿qué es lo que os preocupa?

—Los reclutas, mi señor. Se les está entrenando en las tácticas de combate de los marines espaciales, pero aprenden las tradiciones de Calibán. Es como si se los estuviera convirtiendo en caballeros de la Orden…

—¿La Orden? ¿La sociedad de la que una vez el León fue gran maestre? Está difunta, sólo quedan de ella algunas ceremonias y títulos con los que honrar el pasado del primarca.

La inquietud de Melian aumentó después de que se acercaba a la ventana y observara el patio de abajo, lleno de reclutas calibanitas.

—¡Es más que eso! No se menciona en absoluto la obediencia al Emperador en los nuevos votos de servicio; en lugar de eso, los reclutas juran defender Calibán de todos sus enemigos.

—El León hizo regresar a Luther a Calibán como su guardián. Ni siquiera tenemos asignadas naves de guerra: somos unas fuerzas de defensa en todo salvo en el nombre.

—¿Y vos aprobáis esos cambios?

—No importa lo que yo apruebe, Melian. Seamos honestos: nos hemos vuelto irrelevantes. El León nos envió a pudrirnos aquí mientras Luther crea la legión del mañana, una legión de Calibán.

Melian se apartó de la ventana, negando con la cabeza.

—¡Pero sabéis que la galaxia está cambiando! Las noticias que trajeron las últimas naves de aprovisionamiento…

—Nada de eso importa —lo interrumpió Astelan—. Esas naves partieron hace años. Hemos sido olvidados. ¿Qué queréis que haga? ¿Qué le insista a Luther para que se recuperen los anteriores votos?

Apartando la mirada, Melian pareció vacilar de nuevo antes de hablar. Astelan estuvo a punto de ordenarle que se retirara por hacerle perder el tiempo, pero su instinto lo conminó a esperar: allí había algo más que un simple capitán frustrado por estar abandonado en un mundo perdido como aquel.

—Hablasteis con Galedan… ¿Habéis compartido estos pensamientos con alguien más? ¿Otros que pudieran compartir… nuestras reticencias?

—¿«Nuestras»? ¿Estáis entonces de acuerdo conmigo, mi señor?

—¿Con vuestras preocupaciones? Por supuesto. Sabéis que no les tengo un aprecio especial a los calibanitas y que mi lealtad ha sido siempre primero para con Emperador. El hecho de que languidezcamos en este planeta es prueba de ello. Me pregunto cuánto hay que no sabemos de los motivos del regreso a Calibán de Luther… pero de momento eso no es algo urgente. ¿Hay otros que compartan nuestro punto de vista?

—Algunos, me alegra decir, la mayoría de la vieja legión, de Terra, pero también unos pocos veteranos de Calibán. Aún no hemos decidido el curso de nuestra acción…

—¿«Acción»? Cuidado, Melian, ese es un camino peligroso. Luther es gran maestre por el momento, segundo al mando por detrás sólo del León. Quizá no tenga la autoridad moral, pero su autoridad legítima es incuestionable.

Melian bajó la voz a un susurro conspirador, aunque nadie podía oírlos.

—Luther no es el problema, mi señor; sabemos cómo aislarlo y privarlo del mando. El problema son los marines y reclutas que le son leales. Son demasiados, no tenemos fuerzas suficientes para forzar un cambio de mando.

Astelan quedó unos momentos en silencio, pensando.

—Entonces necesitamos un mandato para poder actuar. Y la única forma en que podamos conseguirlo es de fuera, de Terra o del propio primarca, una autorización

que justifique lo que debamos hacer. Si Luther pierde su autoridad, sus seguidores dejarán de apoyarlo.

—¿Y creéis que podremos lograr algo así?

—Confieso que no sabía que habían un apoyo extendido a nuestras opiniones. Creo que ayudaría a vuestra causa si un antiguo señor de capítulo, uno cuyo rango le fue otorgado por el propio Emperador y que gozaba de alta estima en la antigua legión, fuera la cara visible del movimiento.

Melian asintió.

—Vuestra experiencia y vuestra reputación serian un gran respaldo para nuestros esfuerzos, señor de capítulo.

—Decidido entonces. Convocad una asamblea. Pero que no asistan todos, sólo aquellos oficiales que puedan contar con el apoyo incondicional de las tropas bajo su mando.

—Así lo haré. Os agradezco profundamente vuestra comprensión y participación, mi señor. Sé que afrontamos tiempos difíciles, pero con vuestra guía devolveremos a la legión a su verdadera senda.

—Estoy seguro de ello, capitán.

Cuando Melian hubo abandonado la sala, Astelan empleó el panel de comunicaciones para abrir un canal seguro que no quedara registrado en el sistema.

—¿Galedan?

—¿Mi señor?

—Presentaos inmediatamente en el puesto de mando.

En el momento en el que la compuerta del polvorín se abrió, el murmullo de las conversaciones desapareció. La habitación estaba vacía salvo por algunas cajas de municiones apiladas contra las paredes. Astelan atravesó el umbral de la puerta, y más de una docena de pares de ojos lo recibieron, sus miradas inquisitivas bajo el halo amarillento de las luces artificiales. Reconoció la mayor parte de las caras, guerreros junto a los que había combatido durante casi dos siglos, pero las caras de

los pocos calibanitas presentes le eran desconocidas; no obstante, decidió confiar en el juicio de Melian. Dos de los presentes eran también señores de capítulo cuyos rango había sido, como el suyo, suspendido por motivos sólo vagamente especificados.

Melian se situó frente al grupo y alzó las manos.

—Hermanos, el señor de capítulo Astelan es el motivo por el que os he reunido. Nuestra causa le parece legítima, y desea ser escuchado.

No hubo ninguna réplica, y Astelan interpretó aquello como un asentimiento a su derecho a hablar.

—Estamos todos aquí porque compartimos cierta visión, un ideal de lo que debe ser la legión de los Ángeles Oscuros, y lo que significa ser un auténtico siervo del Emperador. Estos años pasados han sido duros, pero todos hemos sobrellevado la rebaja a la que hemos sido sometidos con la estoica dignidad que se espera de cualquiera de los guerreros de la I legión —los murmullos de aprobación se extendieron entre los presentes—. No obstante, se acerca el momento en que ese estoicismo no será suficiente, un punto de inflexión, uno en el que todos aquellos que crean en la obra levantada por el Emperador deberán afrontar una decisión, o serán arrastrados por eventos fuera de su control.

Temion, un legionario terrano con una extensa hoja de servicio, un brazo izquierdo biónico y la cara marcada de profundas cicatrices, dio un paso al frente para hablar, su voz sintetizada a través de la rejilla bocal que le cubría la mandíbula.

—¿Y sois vos quien nos va a liderar más allá de ese «punto de inflexión», Merir?

—No tengo intención de forzar decisión alguna. He venido aquí con la intención de *sugerir* una línea de acción.

—Bien, ¿y qué es lo que proponéis?

Como respuesta, Astelan se llevó una mano a la sien y activó el comunicador de su oído.

—Adelante.

La luz entró en la sala cuando la compuerta volvió a abrirse, recortando la silueta de una mujer baja pero esbelta, ataviada con el uniforme de las fuerzas auxiliares del Ejército Imperial estacionadas en Calibán desde la llegada del Imperio.

—Mis señores.

Astelan cerró la compuerta tras ella y se situó a su lado, haciendo que pareciera aún más pequeña.

—La marquesa-coronel Bethany Tylaine, hermanos. Para los que no la conozcáis, es la vicecomandante de la guarnición del ejército, algo que, estaréis de acuerdo conmigo, es redundante en un mundo que cuenta en estos momentos con treinta mil legionarios preparados para el combate. Y, como nosotros, comparte nuestra preocupación relativa a la lealtad de Luther.

Temion la miró, en absoluto impresionado.

—La guarnición no es suficiente para decantar el equilibrio de la potencia militar a nuestro favor. Su apoyo no basta.

Astelan asintió hacia la marquesa-coronel, cediéndole la respuesta.

—Los regimientos de las fuerzas de defensa de Calibán se crearon para proporcionar seguridad interna y planetaria, permitiendo así a los guerreros de la legión proseguir con sus propias guerras, seguros de que su mundo natal quedaba protegido. Tales tareas actualmente son, como ha indicado el señor Astelan, redundantes debido a la presencia de tal cantidad de legionarios. Desde la pacificación de los asentamientos del norte mis fuerzas y las de los Jaeger son prácticamente ceremoniales, y sus deberes se reducen a la custodia de las instalaciones no adscritas a la legión.

Los murmullos de impaciencia se acrecentaron hasta interrumpir a la mujer. Astelan levantó entonces la mano.

—¡Silencio! —exclamó—. ¡Lady Tylaine es un alto oficial del Ejército Imperial, y se merece vuestra atención y vuestro respeto!

Algunos de los presentes le dirigieron unas miradas torvas —Temion entre ellos—, pero las conversaciones cesaron. Cuando el silencio se restableció, lady Tylaine continuó.

—Los Ángeles Oscuros mantienen sus canales de comunicación con el Imperio en el interior de Aldurukh, pero existe otra torre astropática situada no lejos de la Roca, a disposición del resto del personal imperial. Desde la eliminación del Administratum en el norte, la torre de Redivac ha permanecido sin uso, prácticamente olvidada. Y la supervisión de dicha torre recayó en una de las secciones de las fuerzas bajo mi mando.

Astelan pudo entonces ver en las expresiones de cuantos lo rodeaban que comenzaban a entender su propuesta, y decidió concluir la explicación.

—El capitán Melian me ha informado de que el plan para aislar y poner bajo custodia a Luther ya ha sido trazado. Mientras se ejecuta, otro grupo de intervención, compuesto por nuestras compañías leales, se desplegará para asegurar el control de la torre de Redivac. Una vez hecho eso, enviaremos mensajes a Terra y a nuestro primarca. El objetivo el obtener la confirmación de que los protocolos originales de la legión deben restablecerse y de que, en ausencia del León, se debe reinstaurar la antigua línea de mando hasta su regreso. Las tareas diarias de defensa de Calibán y el proceso de reclutamiento y formación de legionarios se mantendrán sin alteraciones, pero habremos recuperado las comunicaciones con el exterior… comunicaciones que ya llevan demasiado tiempo monopolizadas por Luther y sus seguidores de la Orden. ¿Quién sabe la información que nos habrán estado ocultando hasta ahora?

Los comentarios de aprobación se extendieron entre los presentes. Temion asintió, con una sonrisa en los ojos que sus labios inexistentes no podían trazar.

—Aceptad mis disculpas, Merir, por mis dudas anteriores. Está claro que el plan es más que factible, y que nos permitirá evitar el conflicto directo con el grueso de las fuerzas de Luther a la vez que reafirma nuestra propia posición. Sólo hay un detalle que me gustaría señalar…

—Por favor, hablad con total libertad.

—Según has dicho, nuestro objetivo es restablecer los protocolos y la estructura de mando originales de la legión hasta el regreso del León. Corregidme si me equivoco, pero tras la destitución de Luther, ¿no seríais vos el oficial más veterano y de mayor rango entre nosotros? En caso de que tengamos éxito, os convertiríais en señor de la Legión.

Se hizo un silencio, al que Astelan respondió con un encogimiento de hombros.

—Para ser honesto, la idea se me pasó por la cabeza. En su momento fui considerado para ese honor, antes de que descubriéramos Calibán y la cúpula de la legión se disolviera. Pero he estado recapacitando y creo que, en el caso de que tengamos éxito y la reestructuración de la legión sea efectiva, debería ser un consejo de señores del capítulo los encargados de sancionar todos y cada uno de los ascensos.

Temion miró a los demás, y aunque quedaban algunas caras sumidas en la duda, la mayoría de los oficiales asintieron.

—Bien, no tengo más objeciones —declaró por fin el veterano—. Continuaremos sondeando a todos aquellos bajo nuestro mando para confirmar con quiénes podremos contar en un futuro… y para asignar tareas que mantengan ocupados al resto cuando llegué el momento de ejecutar nuestro movimiento.

Tras aquellas palabras, la reunión se dio por concluida, y los marines espaciales comenzaron a abandonar el polvorín solos o en parejas. Entonces lady Tylaine se dirigió a Astelan.

—Parece que hemos logrado un consenso, mi señor. He de confesar que no me esperaba que todo fluyera como lo ha hecho…

—Tenga cuidado con lo que dice. Aún quedan muchas ocasiones de que se presenten complicaciones. Recuerde lo que le he dicho: Luther no debe albergar sospecha alguna de lo que estamos haciendo ni por qué. El factor sorpresa es esencial.

—Oh, gracias, señor de capítulo —respondió lady Tylaine con fingida sorpresa—. Quizá ahora también deseéis instruirme en cómo se debe recargar un fusil láser.

Astelan no pronunció disculpa alguna, de la misma manera que la marquesa-coronel se retiró sin esperarla. Melian se acercó a Astelan en cuanto la mujer salió del polvorín.

—Es una impertinente, señor de capítulo. No deberíais tolerar su insolencia.

Astelan ladeó la cabeza, como planteándose lo que su capitán le había dicho.

—Necesito su apoyo. Mejor que crea que estamos al mismo nivel, por ahora.

Melian asintió, antes de volver a hablar, con un tono más reservado.

—Disculpadme, mi señor, pero no he podido evitar percatarme de la ausencia del capitán Galedan…

Astelan suspiró.

—Como el señor de capítulo Temion ha sugerido, hay algunos que quizá no estén de acuerdo con las decisiones que debamos tomar. Hablé con Galedan, y creo que será prudente que en su momento reciba las órdenes oportunas para que no sea un obstáculo.

—Lo lamento, aprecio mucho a Galedan.

—Bueno, confio en que llegará el momento en el que se unirá a nosotros. De momento no volváis a hablar de esto con él; mejor que crea que he silenciado vuestras dudas.

—Como ordenéis. ¿Y qué más queréis que haga?

—Nada, salvo mantener los ojos y los oídos abiertos.

—¿Y vos, señor de capítulo? ¿Qué vais a hacer?

—Reunir un contingente de nuestros legionarios en las cercanías de Redivac sería muy beneficioso para nuestros intereses. Creo que organizaré un ejercicio especial de entrenamiento… —dijo despacio, sonriendo antes de terminar la frase— con munición real, por supuesto.

Quizá era un signo de la creciente arrogancia de Luther el hecho de que siendo comandante de decenas de miles de legionarios, sólo cinco protegieran sus aposentos privados en la ciudadela de Aldurukh.

—¡Alto!

A pesar de la orden del centinela, enfrentados a tres señores de capítulo y otros tantos capitanes que avanzaban con las espadas desenvainadas y los bólteres desenfundados, no fue de extrañar que los guerreros eligiesen no luchar.

Todos, excepto uno.

Astelan observó con una resignación desapegada cómo uno de los legionarios desenvainó. Dejó paso a Temion.

—¡Apartaos, por orden de vuestros superiores! —gritó con su voz artificial.

El legionario no se detuvo, sino que lanzó con su espada un tajo al cuello de Temion a la vez que pronunciaba un grito de guerra.

—¡Por Calibán y la Orden!

El señor de capítulo, quien había luchado en más de un centenar de campañas, bloqueó el golpe con facilidad, y con la misma fluidez alzó su propia hoja hasta amenazar la garganta de su oponente.

—De rodillas —ordenó Temion.

El resto de guardias obedecieron, y los capitanes los desarmaron. Pero la única respuesta del legionario que se enfrentaba a Temion fue un gruñido, seguido de un potente puñetazo en la coraza de éste que lo hizo retroceder. Aprovechando el momento, el centinela alzó de nuevo su arma. En un instante la hoja de Temion brotó en mitad de su espalda después de que lo atravesara desde el pecho. La cara del legionario quedó iluminada por el aura azulada de la espada de energía, sus rasgos convertidos en una máscara de dolorosa sorpresa. Temion extrajo la hoja del cuerpo con una expresión de genuino arrepentimiento.

El cuerpo se desplomó. Los señores de capítulo Astelan y Enredion lo vieron caer sin hacer gesto alguno, pero los tres capitanes palidecieron ante la muerte del marine espacial a manos de otro marine espacial. Sólo en ese momento fueron conscientes de que su golpe de estado no podía llevarse a cabo sin derramar sangre: aquel era el punto de inflexión que había vaticinado Astelan, y llegados a él no había vuelta atrás.

Siguieron avanzando hasta la consola de control mientras los capitanes acababan de asegurar los electrogrilletes a los guardias.

—No se ha disparado ninguna alarma ni se ha activado ningún bloqueo —comprobó Astelan, antes de que sus dedos recorrieran el teclado y los cerrojos de la puerta a su espalda se abrieran.

Temion fue el primero en avanzar, abriendo las puertas batientes con energía. Revisaron el salón de recepción y las alcobas, encontrando todas las habitaciones vacías. Sólo quedaba una sala por registrar: el *sanctum* del gran maestre situado en el piso superior.

Astelan fue el último en comenzar a subir las escaleras, con su espada de energía y su pistola bólter preparadas. Temion volvía a encabezar el avance, y cuando alcanzó la puerta del piso superior no se detuvo: embistió la madera con el hombro, y el marco y la hoja saltaron en pedazos.

Luther se encontraba en pie junto a una de las altas ventanas, mirando al sur, hacia los patios inferiores y las demás torres de Aldurukh. Ya era un hombre grande, grueso de hombros y cuello, antes de las mejoras físicas que le habían proporcionado los apotecarios de la legión. Su piel tenía una apariencia seca y quebradiza, y las venas reforzadas artificialmente se abultaron en su cuello al tensarlo. El gran maestre de la Orden sostenía en la mano un voluminoso libro encuadernado en cuero de un rojo profundo, del que sobresalía la empuñadura de la daga que empleaba como marcapáginas; lo cerró con un golpe seco, y se giró con calma hacia la puerta, su expresión sólo alterada por las cejas que alzó al ver a los intrusos.

—¿Qué forma de entrar es ésta? Si había algún asunto que tratar con tanta urgencia, sin duda os habría concedido una audiencia.

Temion no prestó atención al sarcástico comentario de Luther, y lo apuntó a la cabeza con su pistola bólter.

—Por la autoridad del Emperador de la Humanidad, os acuso de pervertir el mando de la I Legión, de insubordinación a las órdenes del primarca, y otra serie de cargos que serán detallados posteriormente. Entregad vuestras armas, y ceded el mando de Calibán y sus fuerzas.

La mirada de Luther se cruzó con la de Astelan, quien esperaba junto a la puerta.

—¿Vos también, Merir? Os creía más sabio. ¿Sabéis qué calamidad vais a provocar? No podéis esperar que esta farsa vaya a tener éxito.

—Sabía que tendríais dudas acerca de mis intenciones. Permitidme disiparlas.

Astelan colocó un receptor hololítico portátil sobre la mesa central y lo activó.

—Comenzad la transmisión —dijo por el canal de voz del aparato.

Fue lady Tylaine quien contestó.

—Conexión establecida, señor de capítulo. Preparados para avanzar a su señal.

El hololito proyectó entonces una imagen, la de una estilizada torre que se elevaba sobre una colina situada en medio de un bosque. Luther miró con atención a la representación, ligeramente granulada.

—Redivac —dijo, reconociendo el lugar—, la instalación astropática.

—Lo es.

Astelan manipuló los controles del dispositivo para enfocar el valle principal que atravesaba el bosque en dirección a la torre. Varios miles de legionarios avanzaban por él, flanqueados por tanques y soldados de las fuerzas de defensa. Incluso en la imagen borrosa podía apreciarse que la mayoría de los marines espaciales vestían las servoarmaduras lacadas en negro de los capítulos terranos originales, pero entre ellos había cientos con el color verde oscuro que indicaba que habían sido creados en Calibán.

Luther se puso rígido, pero su expresión continuó indescifrable.

—Ya veo…

—Esperad, seguid observando —le dijo Astelan antes de volver a hablar por el canal de voz—. Marquesa-coronel, por favor, ejecute sus órdenes. Las instrucciones recibidas no pueden ser contravenidas.

—Afirmativo, señor de capítulo. Todas las unidades en posición, iniciando la acción inmediatamente —lady Tylaine hizo una breve pausa, consciente de la gravedad del momento—. Esperemos que la historia nos recuerde justamente, o que no lo haga en absoluto.

La vanguardia de las fuerzas rebeldes estaban casi en posición, cuando una serie de fogonazos iluminaron la oscuridad tras la línea de árboles. Instantes después, las detonaciones florecieron en medio de las filas de marines espaciales, y casi simultáneamente se pudo escuchar las reverberación de los impactos de los obuses por el canal de voz. Los vehículos que avanzaban junto a los legionarios se detuvieron, y dirigieron sus torretas hacia los ángeles oscuros. Las nubes se

abrieron, los cazas atravesaron el cielo, y más tanques abandonaron el bosque junto a regimientos de las fuerzas del Ejército Imperial. A su lado avanzaba una compañía completa de astartes, en cuya escuadra de mando ondeaba el estandarte del capitán Galedan.

Las primeras líneas desaparecieron bajo el fuego combinado de soldados, marines espaciales y tanques.

—¡Maldita sea! —gritó Temion, perplejo—. ¿Qué hacen?

Como él, los otros comandantes en el *sanctum* estaban paralizados por las imágenes que se desplegaban ante ellos. Entonces Luther intercambió una mirada con Astelan, y comprendió.

El blindaje y la carne del brazo de Temion se abrieron cuando Astelan le cortó la mano con la que sostenía su pistola bólter con un corte limpio.

Luther se precipitó sobre los astartes, empuñando la daga del libro.

La espada de Astelan segó la garganta de Temion en cuanto éste se giró, desconcertado por el ataque. Aprovechando la inercia, atravesó el pecho del capitán Asdropal.

Luther hundió su daga en el ojo de Enredion hasta la empuñadura, y el señor de capítulo se desplomó, arrastrando al gran maestre consigo.

Los disparos de las pistolas bólter eran ensordecedores en el interior de la sala. Astelan se encogió instintivamente cuando un proyectil impactó contra su hombrera izquierda, giró sobre sí mismo y devolvió el fuego, disparando a bocajarro al capitán Gosphen. En ese momento vio cómo el capitán Ohm levantaba su espada, presto a descargarla contra Luther, que seguía en el suelo. Astelan no vaciló: de dos potentes golpes decapitó al oficial. Tras unos instantes de calma, volvió a dirigir su atención a la imagen hololítica. En ella los rebeldes se retiraban, presionados por las tropas de Galedan y lady Tylaine. Rodeados por las divisiones del Ejército Imperial, sus hermanos legionarios y una abrumadora fuerza aérea sobre ellos, Astelan no pudo culparlos.

—Espero que la mayoría se rinda…

Luther observó a los primeros en entregar las armas y cómo la columna se fue desintegrando frente a las fuerzas de Astelan. Por el canal de voz llegó la confirmación de lo que estaban viendo, de parte de lady Tylaine.

—El capitán Galedan está aceptando formalmente la rendición, señor de capítulo. Los rebeldes no parecen tener intención de querer combatir contra otros marines espaciales. Mis fuerzas mantendrán sus posiciones de apoyo.

—Gracias, marquesa-coronel. Hoy nos ha prestado un gran servicio. Escolte a los rebeldes a Aldurukh para que se sometan al juicio de lord Luther.

Luther dejó escapar una seca carcajada de burla.

—Dos veces humillados: traidores y cobardes… De todas maneras, aprecio vuestro buen juicio al no haber ordenado que se les ejecute.

—Sería un desperdicio. Quizá se les pueda torturar para que vean el error de sus acciones. Tengo entendido que la Orden puede ser muy… *persuasiva*.

—Ciertamente —asintió Luther—. Lo que no sé es dónde vamos a retener a tal cantidad de prisioneros.

—Hay mazmorras bajo la Roca. Sugiero que excavéis más celdas.

Luther apartó la mirada del proyector y miró fríamente a Astelan.

—¿Por qué no me avisasteis de este alzamiento antes? Se podría haber evitado todo derramamiento de sangre.

—Quería sacar a la luz a todos aquellos realmente implicados en vuestra caída. Además, la acción abierta contra vos justifica esta respuesta de manera incuestionable.

—¿Y en qué punto, exactamente, decidisteis traicionarlos?

—Desde el comienzo mismo, por supuesto.

—Eso me intriga… Sois terrano, y vuestro desprecio por Calibán y su gente es de sobra conocido. Así que, ¿habéis obrado por lealtad? ¿O quizá visteis que la rebelión estaba condenada a fracasar y decidisteis aprovechar la oportunidad para ganaros el favor del bando vencedor?

—Nada tan mezquino, mi señor. Mis motivos para apoyaros son mucho más simples. No sé lo que ocurrió entre vos y el León, pero estoy convencido de que sus objetivos y los vuestros ya no coinciden —Astelan hizo una pausa, ordenando sus pensamientos—. Cuando el Emperador exterminó a mi pueblo, no lo lamenté; comprendí que la ejecución del poder podía ser justa, por mucha miseria que conllevara. Oponerse a Él habría sido un sinsentido, un acto irracional de vanidad que sólo podía desembocar en la muerte. Ahora, aquí, veo un poder ascendente, y sería igualmente fútil censurarlo —envainó su espada—. Prefiero la acción a las palabras, gran maestre. El León ha sido una mácula: la legión se ha hundido desde que descubrimos vuestro atrasado mundo y se ha visto sometida a su negativa influencia. Para oponerme a él, para rechazar el camino que ha trazado para nosotros, sin duda prefiero someterme a un señor más digno —hizo una nueva pausa, en la que clavó sus ojos en Luther—. Decidme que me equivoco, decidme que seguís siendo un siervo fiel del primarca, y me uniré a esos prisioneros en este mismo momento.

Y entonces, el silencio de Luther fue mucho más elocuente que cualquier palabra que pudiera haber pronunciado.

La procesión de marines espaciales rebeldes avanzaba. Los legionarios estaban siendo confinados en barracas y cuarteles, vigilados por las tropas de Luther, mientras que los oficiales estaban siendo escoltados a las celdas bajo Aldurukh.

Astelan se encontraba junto a la puerta de la fortaleza con Galedan, mirando la procesión de guerreros humillados.

—Luther ha aprobado tu ascenso a señor de capítulo.

—¿Lo ha hecho? ¿Y eso qué es? ¿La primera graciosa concesión que cae de la mano de un nuevo señor?

—No, la confirmación de que comparte mi fe en ti…

Astelan vio a Melian en la fila. El capitán apartó la vista con un gesto de desprecio hacia su antiguo señor.

—Me alegro de que sobreviviera —dijo Astelan cuando volvió a dirigirse a Galedan.

—¿Melian? Sí, es un buen capitán. Es una lástima que se haya visto envuelto en todo esto —Galedan entrecerró los ojos, pensativo, antes de continuar—. Quizá nos sea de utilidad en un futuro.

—¿«En un futuro»? ¿Qué quieres decir?

—No puedes engañarme, hermano. Sé que de momento Luther es nuestro aliado, pero no esperes que de verdad crea ni por un momento que lo consideras tu superior.

—No me puedo creer lo que estás sugiriendo —respondió Astelan con un tono de fingida ofensa—. Sólo puede haber un señor de la Primera. No sufriremos más al León, lo cual nos deja con Luther.

La expresión de Galedan indicaba que no lo había convencido, y Astelan no pudo sostener su mirada sin que una sonrisa aflorara a sus labios.

—Por ahora, al menos…

FIN DEL RELATO